

SANTOS SALAZAR, Igor

Una terra contesa. Spazi, poteri e società nell'Emilia orientale dei secoli VI-X.

Le Lettere.

Firenze, 2011, 398 pp.

El libro que aquí comentamos es el resultado de una tesis doctoral presentada en la Universidad de Bolonia por un investigador español. Este simple hecho, que implica saltar las barreras que separan dos tradiciones historiográficas nacionales, sería suficiente para llamar la atención al lector. Pero en realidad es solo un valor añadido a una investigación puntera e innovadora que se despliega en un ámbito supranacional, abordando procesos y problemas que, con diferencias regionales, afectaron a toda la Europa occidental altomedieval. Así, el autor se ciñe a un ámbito geográfico concreto, la Emilia oriental, un territorio situado en la frontera entre el exarcado de Rávena y el reino longobardo, pero únicamente como un escenario que le permite observar esos procesos de mayor escala, moviéndose cuidadosamente entre la casuística local y la interpretación de envergadura europea. Igor Santos demuestra un magnífico conocimiento de la relativamente densa documentación escrita de la zona, pero también de los debates historiográficos que afectan al estudio de la Alta Edad Media en general, una arena en la que las escuelas nacionales están poco a poco diluyéndose.

El objeto de estudio es el análisis de las transformaciones en la organización territorial, política y social que se sustanciaron en la Emilia oriental a lo largo de los siglos VI a X, haciendo especial hincapié en el papel desempeñado por las elites locales. Se trata de un estudio que, sin renunciar a tomar en consideración la implementación de canales de arriba a abajo que funcionaron como factores de cambio, subraya la agencia social de los actores de la escala local en una historia de las transformaciones vista de abajo a arriba. Es en esa tentativa de explicación donde radica el valor de esta investigación, al ofrecer perspectivas que, por encima de su validez local o regional, permiten entender la complejidad de las sociedades altomedievales, que supera con creces las imágenes que se proyectan desde el poder. Una historia que,

al fin y al cabo, recoge una idea expresada con acierto por Chris Wickham en su famoso libro *Framing the Early Middle Ages* (aunque compartida por otros muchos especialistas) acerca de la centralidad de lo local en este periodo: «Reality was local in the early middle ages». No es extraño que esta investigación, aunque dirigida por dos grandes medievistas italianos, como Massimo Montanari y Tiziana Lazzari, aparezca prologada precisamente por Wickham.

La investigación se presenta subdividida en varios epígrafes temáticos que profundizan en la secuencia diacrónica de cambios que se observan en cada uno de esos grandes ejes. Un primer aspecto se refiere a la constitución de los «territorios políticos» en esta zona, tras el declive urbano y la desvertebración de los modelos de organización del mundo rural de tradición tardorromana, como parece comprobarse de la existencia de los denominados *pozzi-deposito*. Surgió entonces una nueva y más abigarrada geografía de «lugares centrales». Son los *castra* mencionados por Pablo Diacono en las colonias entre Bolonia y Módena, en torno a los cuales emergieron formas de control de espacios circundantes en manos de unas elites locales más militarizadas. En tal sentido, el autor desecha la idea tradicional de que hubieran sido el resultado de la implantación de un sistema defensivo lineal en esta zona de frontera, para entenderlos como la manifestación del incremento de la agencia política de tales elites fronterizas. Eso no impide que algunos de esos puntos fueran creados por iniciativa de la autoridad bizantina, pero ese impulso desde arriba no explica en su totalidad un fenómeno mucho más complejo. El cambio en el siglo VIII, con el final del exarcado y la afirmación del poder carolingio, generó nuevas transformaciones. Los espacios políticos aparecen definidos como *territoria* o *pagi*, integrados en las demarcaciones bajo mando comital. Ahora bien, un estudio más detallado permite a Igor Santos advertir cómo no eran meras emanaciones

desde arriba sino la adaptación de un modelo preexistente a las nuevas jerarquías territoriales, gracias a una comunidad de intereses entre las elites locales y la realeza carolingia. Son estas elites las que sostienen la construcción de la *iudiciaria* de Módena, aprovechando las relaciones con el poder carolingio como una fórmula para incrementar su estatus. Y es que, junto con esos territorios políticos supralocales, nos encontraríamos con las aldeas, auténticas arenas de la acción política y económica de las comunidades locales, que funcionaban con estructuras informales por debajo de los territorios urbanos. A partir de la segunda mitad del siglo IX, comienzan a verificarse importantes transformaciones, pues la autoridad central concede inmunidades, a fin de garantizar la fidelidad, auténtico eje del sistema político. Por otro lado, la fundación del monasterio de Nonántola conllevó la aparición de un nuevo actor, destinado a tener una gran influencia, hacia el cual se canalizaron parte de las energías hasta entonces destinadas a reforzar el vínculo con el poder regio. En este contexto, emergieron con fuerza los castillos, cuyo significado es el de convertirse en núcleos fundamentales para el ejercicio del poder político en un nivel local.

Un segundo gran haz temático se centra en conocer quiénes componían esas elites locales y cómo crearon redes que los enlazaban con ámbitos superiores, al tiempo que les permitían construir su propio dominio local. Aquí el énfasis se pone en los siglos VIII a X, cuando se dispone de una mayor información al respecto. Las autoridades bizantinas favorecieron el desarrollo de espacios de autonomía y concedieron títulos ducales a determinadas elites, como se demuestra en el caso de los duques de Persiceta, buena parte de cuyo patrimonio provenía de bienes fiscales. La posterior implementación del dominio carolingio fue progresiva y tuvo como pivote a los obispos y en especial al monasterio de Nonántola, grandes beneficiarios de la política franca. A partir de ese momento, se

documenta la presencia de notables locales, identificados como *viri honesti* o *viri devoti* que desempeñaron cargos de jueces y notarios, es decir, se convirtieron en intermediarios entre sus sociedades locales y el vértice del poder, incrementando de esa manera su estatus. Pero la aparición de familias con una amplia capacidad patrimonial desde el siglo IX habría propiciado, por un lado, la apropiación de los cargos de mayor nivel por propietarios alodiaros y, por otro lado, el desarrollo de lazos de fidelidad que desembocaron en relaciones de tipo vasallático. Así, los antiguos *scavini* y *notai* se transformaron en *fideles* de algunas familias y, en especial, de ciertas instituciones eclesiásticas, particularmente el monasterio de Nonántola. El mecanismo fueron las concesiones en enfiteusis, en la medida en que la propiedad de la tierra era un elemento central en la configuración de esas relaciones. Para las elites locales ser vasallo de un conde o de un obispo sustituyó a las relaciones con el poder central a la hora de acumular capital social y simbólico. Y todo ello se articula al mismo tiempo que eclosionan los castillos.

El tercer conjunto de problemas se ciñe a las relaciones tributarias o rentistas que se verificaron a lo largo de este periodo. Igor Santos considera que las relaciones tanto en el periodo ostrogodo como tras la construcción del exarcado estarían definidas básicamente por el tributo. No obstante, habría un progresivo declive fiscal en toda la zona bajo control bizantino frente al auge de la renta, si bien el modelo tributario no se habría extinguido hasta la caída de Rávena. En el área longobarda, convivieron las *massae* —es decir, el modelo fundiario tardorromano basado en el pago de cánones por campesinos dependientes que cultivaban parcelas dispersas— con las *curtes*, origen de un modelo basado en el dominio bipartito, y los *casalia*. La *curtis* se afirmó como el instrumento privilegiado de la organización fundiaria de los patrimonios de los grupos dominantes de la sociedad, a pesar de su disparidad. Esta situación se hace más evidente en

los siglos VIII y IX. Sobre esta realidad, se irá poco a poco imponiendo la red de castillos, centros privilegiados desde los que se controlan tierras y hombres. Sin embargo, el *in-castellamento* de los centros curtenses no fue un proceso unívoco, aunque debe explicarse como una de las consecuencias de la crisis del sistema curtense, provocada por la escasez de corveas y por la conversión de los censos en moneda en cánones en especie. Esa crisis del sistema curtense también se expresó en el auge de los contratos de *livelli* acordados entre grandes propietarios, como Nonántola, y miembros de las elites locales, que reciben incluso pequeños propietarios como parte de las tierras recibidas en ese concepto. Todo ello debe vincularse con la formación del señorío o de lo que, desde la historiografía italiana, se conceptualiza como *signoria fondiaria*. Así, los grandes *livelli* originaron derechos jurisdiccionales derivados de la propiedad sobre hombres libres. El control de la justicia y la obtención de inmunidades y prerrogativas cerrarían el círculo de la construcción señorial, cuya base eran los castillos. Ahora bien, el autor subraya cómo este cambio no fue brusco ni rupturista, al estilo de las explicaciones «mutacionistas», sino progresivo, sin adoptar una excesiva agresividad social.

Este apretado resumen de los contenidos desvela alguna de las claves del libro. Un trabajo en el que las sucesivas transformaciones que se evidencian en distintos planos no son una mera imposición a las sociedades locales, sino que estas, y sobre todos sus líderes, participaron de manera activa en esa historia de construcciones sociales. Un estudio que se adentra en la tarea de desentrañar la compleja maraña de relaciones que vinculaba a las sociedades locales y a sus líderes con ámbitos de mayor escala, en un proceso que no puede resumirse en una mera configuración desde fuera o en una serie de reacciones automáticas, sino que fue el resultado de una negociación. Y un mundo que estuvo lejos de ser inmutable. Aspectos, todos ellos, que

permiten leer este excelente libro no como otra historia regional, sino como un episodio específico de procesos más comunes, así como un acercamiento enormemente valioso para comprender las dinámicas relaciones entre el mundo local y los sistemas sociopolíticos de gran escala en la Alta Edad Media.

Iñaki Martín Viso